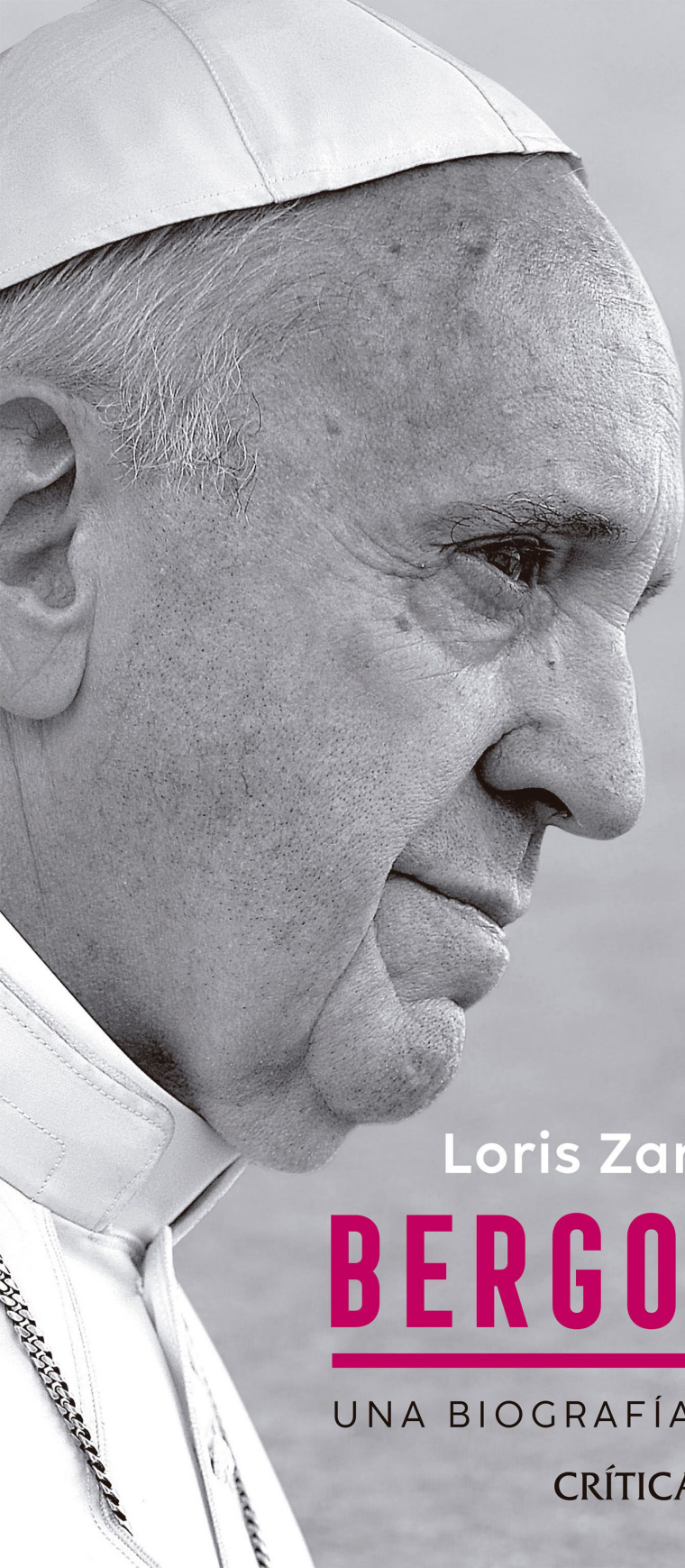




Loris Zanatta

BERGOGLIO

UNA BIOGRAFÍA POLÍTICA

CRÍTICA

Loris Zanatta

BERGOGLIO

UNA BIOGRAFÍA POLÍTICA

Traducción: Diego Bigongiari

CRÍTICA

ÍNDICE

Acrónimos	13
Instrucciones para el uso	15
1. El mundo de Bergoglio, 1938-1973	19
Brotes, 19; Memorias, 21; Raíces, 23; Peronismo, 25; Anticapitalismos, 28; Martín Fierro, 29; Resistencia, 31; Seminario, 34; Santa Fe, 36; Guardia de Hierro, 37; Poder, 38; Concilio, 40; Armonía, 41; Caos, 43; Revolución Argentina, 45; Pobres, 46; Cristiandad, 48; Justicia social, 49; Cátedras Nacionales, 50; Amelia Podetti, 52; Tercer Mundo, 54; San Guevara, 56; Violencia, 57; Historia y teología, 59; Matar al padre, 62; El primer cuero cabelludo, 64; Castellano, 65; La religión del pueblo, 66; Profecía, 68; Aramburu, 69; Perón vuelve, 71; El ascenso, 74	
2. El Provincial, 1973-1983	79
Setenta y tres, 79; Lealtad, 80; Depurar, 82; Todo el poder, 83; Genial estrategia del Reino, 85; <i>In creando</i> , 87; Peronizar, 88; López Rega, 89; Modelo argentino, 91; Resacralizar al mundo, 93; En muerte de Perón, 96; <i>Hechos e Ideas</i> , 98; Mugica, Bergoglio, 100; Delirantes, 101; Angelelli, Bergoglio, 103;	

Quién salva a quién, 104; Quién salva cómo, 107; A caballo regalado, 108; Golpes de teólogos, 110; *Proceso*, 112; Silencio, 114; Víboras, 116; Massera, 118; Puebla, 122; Dios está con nosotros, 125; Danzig, Argentina, 127; Yanqui fuera, 128; Transición, 130; Malvinas, 132

3. Muerto y resurgido, 1983-2001 135

Alfonsín, 135; Víctimas, 137; Trincheras, 139; Fuego amigo, 141; Bergoglio reaccionario, 143; Alemania, 146; Comunione e Liberazione, 148; Contra Alfonsín, 151; Soldado, 153; Democracia orgánica, 154; Menem, 156; Resucitado, 158; Ideológicos son los otros, 159; Dinero, 160; Peronistas contra, 162; Rampa de lanzamiento, 165; Chivos expiatorios, 166; Arzobispo, 168; Cuba de mentira, 171; Un nuevo peronismo, 172; De la Rúa, 175; El Reino de Dios, 177; Pirómano, 179; ¡Levántate!, 181; Cardinal Perón, 183; Antipolítica, 185; Crescendo, 186; Telón, 188

4. El caudillo, 2001-2013 191

¿Qué hacer?, 191; Godot, 193; Roma llama, 196; Espinas, 198; Utopía postergada, 199; Néstor Kirchner, 201; Economía bergogliana, 203; Dos gallos, un gallinero, 204; Orillas, 206; Golpes y contragolpes, 208; Casi papa, 210; Pasado viviente, 211; Un hombre poderoso, 212; Pueblo místico, 215; Pruebas de fuerza, 216; La política de los mártires, 217; Duelo infinito, 219; Genealogías, 221; Cristiandad en pedazos, 222; Dinastías, 224; Aparecida, 225; Pasado a relojería, 227; Cristina Kirchner, 228; Sonrisas y cuchillos, 229; El misterio de la pobreza,

231; La gran grey, 233; Gay y Patria, 235; Déjà-vu, 238; Bicentenario, 239; La muerte de Kirchner, 242; Futuros paralelos, 243; El centro vacío, 244

5. Papa Francisco 247

¿Sorpresa?, 247; Un papa argentino, 248; El retorno del pueblo-nación, 250; Apocalipsis, 253; Redención, 255; Corruptores, 260; Periferias, 264; Occidente, 266; La Europa perdida, 270; La Europa esperada, 273; La patria reencontrada, 275; Demagogia, 279; Economía para principiantes, 280; Dios sobre todos, 284; Tótem progresista, 288; «¿Quién soy yo para juzgar?», 291; ¿A quién hemos elegido?, 294; Un papa mediático, 295; Integralista ecológico, 297; Paraíso indígena, 301; La laicidad según Bergoglio, 302; La democracia de Francisco, 304; Latinos de América, 306; En busca de la Patria Grande, 309; Cuba, 312; Silencio sobre el Istmo, 314; Nemo profeta, 316; África *first*, 317; ¿Quién entiende a China?, 321; Apaciguamiento sirio, 324; Cosas turcas, 327; Terrorismos, 330; La Gran Madre Rusia, 333; La gran madrastra estadounidense, 336; Promesa asiática, 340; *La donna è immobile*, 342; Lobos, 344; Los Estados Unidos equivocados, 347; Sin paz, 352; Clases de economía, 354; Populista será usted, 357; ¡Ni siquiera Buda!, 359; Migrantes, 361; Islam e Islam, 363; Nacionalismos y nacionalismos, 366; Amazonas, 367; ¿Cisma?, 369; La casa en llamas, 371; Populismo jurídico, 372; Coronavirus, 375; De todo un poco, un poco de todo, 376; Ucrania, 378; Balances, 382

Bergoglio en la historia 387

Índice onomástico 391

1 EL MUNDO DE BERGOGLIO, 1938-1973

Brotes

¿Cuándo, cómo, dónde comienza la biografía política de Jorge Mario Bergoglio? Se entrelazan recuerdos, anécdotas, fantasías. ¡A los dieciséis años ya era peronista, andaba con la insignia! ¡No, conservador! Me inclinaba hacia la izquierda pero frecuentaba las Unidades Básicas peronistas, dice. Eran «lugares de cultura política», explica. «Los grandes movimientos populares argentinos» tienen «poca cultura política», niega. Arranca una sonrisa: una cosa y su contrario, comenzamos a conocerlo.

Bergoglio creció en una Iglesia enérgica y «ligeramente triunfalista», narra el biógrafo más ilustre.¹ ¿Simpatizante de los fascismos? Qué va: solo «algunos nacionalistas católicos», todos «aristocráticos». La mayoría adoptó una «posición intermedia» entre liberalismo y totalitarismo. ¿De veras? Al partir con el pie equivocado se yerra el camino: la Iglesia argentina no era sólo triunfalista, sino también revanchista. Su tercera vía era entre comunismo y liberalismo, la misma que los fascismos. De su vientre subía un grito: «¡Restaurare omnia in Christo!». Tenía varios matices, pero en conjunto era nacionalista e integralista.

1. A. Ivereigh, *Tempo di misericordia. Vita di Jorge Mario Bergoglio*, Mondadori, Milano 2014.

El liberalismo era su enemigo jurado. Sepulturero de la cristiandad hispánica, era el fruto más venenoso de la Reforma protestante. Como tal, atentaba contra la unidad de la patria y la moral del pueblo. Para extirparlo, la Iglesia estaba pronta para cooperar con los «fascismos católicos». Los pocos católicos liberales se opusieron, los obispos los castigaron. ¡Cuántas invocaciones al «totalitarismo cristiano»! ¡Cuántas odas a Franco, Salazar, Mussolini!² El golpe de Estado de 1943 fue el lógico punto de llegada del revival católico e hispanista: Iglesia y militares, cruz y espada, restauraron el orden cristiano y enterraron a la Argentina laica. El régimen cerró el Parlamento y suspendió a los partidos, purgó a las universidades e impuso la enseñanza religiosa en las escuelas. Los obispos indicaron a los ministros, la Acción Católica proporcionó a los funcionarios, los jesuitas guiaron la cruzada. Su hombre fuerte era Perón, de allí nació el peronismo.

Nacionalistas no fueron sólo «algunos aristócratas». Nacionalista fue la Iglesia y católico el nacionalismo. Nación y religión eran un sólo haz: un pueblo, una fe, una patria. La «nación católica» reunía aquello que el orden liberal había separado: Estado e Iglesia, patria y fe, ciudadano y feligrés. Tales son los trazos esculpidos en el bagaje cultural de Bergoglio: el verdadero argentino es católico por cultura, el liberal es extranjero en su patria. Cosas viejas, Bergoglio es extraño a ello, protesta la historiografía eclesiástica.³ Pero niega la evidencia. Aquellos trazos han plasmado al catolicismo argentino y Bergoglio está impregnado de ello. Lo recordó Lucio Gera, el teólogo que más lo influenció: «Simpatizábamos» con «el dinamismo de la juventud alemana, italiana y española», detestábamos las

2. L. Zanatta, *Dallo Stato liberale alla nazione cattolica*, FrancoAngeli, Milano, 1996.

3. J. Durán, C. Galli, F. Tavelli, L. Liberti, *La verdad os hará libres*, v. I, Planeta, Buenos Aires, 2023.

«costumbres liberales» europeas.⁴ Se inspiraban en las furiosas invectivas antimodernas de Joseph de Maistre, en los violentos tonos mesiánicos de Léon Bloy, un mito de las cruzadas anti-liberales argentinas.

Pero si la Iglesia fue antiliberal, la culpa es de los liberales, reza el lugar común: ¡demasiado autoritarios! Verdad a medias, por mitad falso. Como en todas partes del mundo latino, el liberalismo argentino fue anticlerical. Se explica: al reparo de la Contrarreforma, la coraza de la cristiandad había quedado íntegra, absoluto el poder de la Iglesia. ¿Cómo lanzar las semillas de las libertades de ciencia y conciencia sin desquiciarlo? Los liberales eran «la élite», pero una élite con un proyecto inclusivo: extendió la instrucción pública, atrajo a millones de inmigrantes y de la nada creó uno de los países más prósperos del mundo. Nostálgica del «orden cristiano», la Iglesia sufrió un eclipse, la edad liberal la colocó en los márgenes. Pero no sofocó el apostolado, ni prohibió nuevas órdenes religiosas. Tanto que resurgió y floreció, se reorganizó y triunfó.

Memorias

Corrían los primeros años 50, tiempos peronistas. Bergoglio iba a la escuela y militaba en la Acción Católica. Venía de una familia muy religiosa. Enterrada la edad laica y liberal, el peronismo invocaba a la Argentina nacional popular, católica, sindical, militar. Su doctrina, el justicialismo, era su expresión, la escuela era la vitrina, los alumnos reclutas. Ministros, docentes, programas: todos al servicio de la Nueva Argentina. Bergoglio creció en aquel clima de exaltación nacionalista, entre rituales patrióticos, ejercicios gimnásticos, himnos y banderas. Bajo la enseña de Dios, patria y pueblo.

4. V. R. Azcuy, *Entrevista a Lucio Gera*, Teología, n. 52, 2028.

«Tenía inquietudes políticas», recuerda. Leía «publicaciones del partido comunista», amaba a Leónidas Barletta. «Pero nunca fui comunista».⁵ Parecía pero no era, golpeaba pero no entraba. Escritor y activista, Barletta anticipaba los temas de la «izquierda nacional», socialista y nacionalista: estaba con el pueblo contra las élites, con la tradición contra el cosmopolitismo. Odiaba a los Estados Unidos y al liberalismo, el mercado y la democracia parlamentaria.

¿Era un joven protocomunista? ¿Un protofascista? Bergoglio era un joven protopopulista. La «izquierda nacional» era el espejo de la «derecha social». Tantos, en ambas orillas del Atlántico, transitaron de una a la otra. Quien mejor las encarnaba era el evitismo, el peronismo de Eva Perón. Fanático y mesiánico, debía todo a los sacerdotes sociales y nacionales. El más célebre era Hernán Benítez, un jesuita expulsado de los jesuitas porque fue más devoto de Eva que de la Iglesia. El peronismo, decía, es un «comunismo de derecha». Muchos estudiosos lo llaman «fascismo de izquierda». De derecha porque no era ateo sino católico, porque había «restituido el mundo obrero a Jesús».⁶ ¡La Iglesia le debía gratitud! El Bergoglio político se formó en aquella temperie, siempre fue evitista.

Atención con los recuerdos de Bergoglio. A todos les sucede de retocarse el pasado, de ajustarlo al presente, ponerlo en escena para la posteridad. Y como todos, diciendo o callando, Bergoglio es el primer biógrafo de sí mismo. Estoy «tirando» muchos escritos, dijo en 2010. A los historiadores deja aquello que elige dejar.

¿Cómo es el Bergoglio que cuenta Bergoglio y perpetúan los biógrafos?

Primogénito de inmigrantes piamonteses, creció en un ambiente «italiano y católico». Hasta aquí los hechos. Ambien-

5. S. Rubin, F. Ambrogetti, *El jesuita*, Vergara, Buenos Aires, 2010.

6. H. Benítez, *La aristocracia frente a la revolución*, Buenos Aires, S.E., 1953.

te «obrero» y «antifascista» y aquí los hechos se ausentan.⁷ Se deduce que al Bergoglio anciano le gusta que se piense en un joven Bergoglio amigo de los trabajadores y enemigo de los fascistas. Presumiendo orígenes obreros cancelaba el estigma del «peronista de derecha», con las credenciales antifascistas se sacudía de encima aquel estigma fascista del peronismo y nada más.

¿De veras amaba el fútbol? ¿Adoraba el tango? Era indiferente al primero y devoto de la música culta, recuerdan muchos. Bergoglio quiere ser «pueblo» incluso cuando no es como el pueblo. Para imitar a Cristo, había aprendido que hay que «hacerse pequeños», sacar y nunca agregar, hacerse, justamente, «pueblo». Es un tema clave: ¿Bergoglio «es» popular o «se hace» el popular?

Raíces

Los Bergoglio estaban ligados a los salesianos, piamonteses como ellos. En su escuela, Jorge Mario «plasmó» su «modo de ser cultural».⁸ ¿Cuál? Los descendientes argentinos de Don Bosco cultivaban con fervor el mito nacional católico: argentinidad y catolicidad eran todo uno. Por lo tanto acogieron a Perón con los brazos abiertos. Él retribuyó: llamó a un salesiano entre los más nacionalistas para dirigir la política inmigratoria. Fue así que ciertos jerarcas fascistas dejaron Italia.

En aquel clima creció Bergoglio. En su casa no estaban admitidos los divorciados, se daba por cierto que a los protestantes les tocaba el infierno. De los boletines parroquiales a las homilías episcopales, el mensaje a los fieles era unívoco: los enemigos de Dios y la Patria eran el liberalismo y el protestan-

7. A. Ivereigh, *Tempo di misericordia*, cit.

8. Las aventuras salesianas del papa Francisco, www.salesianos.edu.

tismo, el primero hijo del segundo. Racionalistas y materialistas, uno y otro amenazaban al pueblo católico.

Aquellos dogmas eran el pan cotidiano de los jóvenes militantes. Exudaban en las revistas, los gritaban los intelectuales. Despreciaban a la democracia cristiana, era una concesión al enemigo. Querían el «orden cristiano». Ninguno ilustra el naciente universo ideal de Bergoglio mejor que Alberto Methol Ferré. Si Gera fue su numen teológico, él fue su faro político. Comenzó a leerlo mucho antes de conocerlo. Siete años mayor, Methol era uruguayo y el Uruguay, laico y democrático, le quedaba estrecho. Por lo cual se proyectaba sobre el entero continente. Fue el primero en transportar el vetusto paradigma corporativo de impronta medieval hacia el populismo moderno. Toneles nuevos, vino viejo, mismo fin: ¡había que impedir que la cristiandad americana se desmembrara como aquella europea!⁹ Guay si hubiera cedido al virus cientista e iluminista, si se hubiera rendido a la secularización. Defender la cristiandad, combatir la secularidad: el programa político de Bergoglio estaba escrito, no cambió nunca. Por lo tanto en 1959 eligió a la Compañía de Jesús: «El puesto de avanzada de la Iglesia». Entró a la trinchera, desposó el espíritu militar y la disciplina. En ella, recordó un jesuita húngaro llegado a la Argentina, encontramos al «Jesús militante», nuestra guía «en una guerra sin piedad», una guerra «de conquista» donde el fin justificaba los medios.¹⁰ Guerra a la «civilización occidental». Como papa, Bergoglio exaltará a la Europa de posguerra. Pero en la posguerra ni la democracia ni la prosperidad europeas lo atrajeron a él y a los nacionalistas católicos americanos. ¡Al contrario! Inmanente y secularizada, decían que Europa no era más cristiana. No era un modelo, era un peligro. El mal absoluto era «el burgués», un «tipo cultural» carente de arrojo hacia

9. A. Methol Ferré, A. Metalli, *Il papae il filosofo*, Cantagalli, Siena, 2014.

10. T. Nagy, *Jesuitas y masones*, E.d.A., Buenos Aires, 1963.

lo absoluto, un «ateo». ¿Había realizado grandes conquistas? Mérito del cristianismo. Dinero, productividad, riqueza: disgustado, odiaba al «paradigma tecnocrático occidental».

Mientras Europa se levantaba entre los escombros, Methol profetizó su caída por mano de los pueblos coloniales y de las «clases sociales inferiores». Enceguecido por la «explotación del capitalismo liberal», como Bergoglio era insensible a la prodigiosa movilidad social ascendente. ¿Eran marxistas? Ni en sueños. También en ello Methol abrió el camino a Bergoglio. «Monstruosa combinación de justos reclamos y negación del espíritu», el marxismo era ateo. El mundo no estaba dividido entre democracia y dictadura, sino entre sacro y profano. Y el marxismo era profano. Verdad: era «cristianismo secularizado». Pero allí estaba el problema: que era, justamente, secularizado, no católico como el peronismo.

Peronismo

Las palabras de Methol evocaban al peronismo, a su doctrina fundada sobre las encíclicas de los Pontífices, la «tercera posición» católica opuesta a las «plutocracias demoliberales» y al «comunismo ateo». Lo admiraba, era un «peronista uruguayo». Con el peronismo se entrelazan su biografía y la de Bergoglio: era el prototipo de las «nuevas formas históricas» destinadas a suplantar a la «democracia liberal». Contra ella, prohibidas las «revoluciones parciales»: era «imperativa» una «transformación integral», la utopía cristiana. Bergoglio absorbió cada palabra.

1955 quedó grabado en la historia de los argentinos y en la mente de Bergoglio. Un golpe de Estado volteó a Perón y lo forzó al exilio. Un golpe de oficiales católicos abatió a un régimen católico. La tensión subía desde hacía tiempo: «Tememos que siga las huellas de Mussolini», le había hecho saber Pío XII. Quería decir que, como el Duce italiano, también el Cau-

dillo argentino sojuzgaba a la Iglesia apelando a Dios, Patria y pueblo. La Iglesia le hizo puentes de oro, él la retribuyó generoso. Pero aquello que había comenzado bien, terminó mal. La política religiosa peronista devino religión política. Hombre de la Providencia, en nombre de la Providencia Perón pretendió una Iglesia peronista. Demasiado para los obispos, demasiado también para el papa. De allí el violento conflicto con la jerarquía eclesiástica que, en acuerdo con los militares, lo derrocó. Cruz y espada lo habían creado, cruz y espada lo destruyeron.

Bergoglio es incomprensible sin el peronismo. Pero los biógrafos no nos ayudan. Algunos fingen no ver al tigre en la sala.¹¹ Otros lo ven pero les parece un gatito: el peronismo es como el New Deal, explican comparando peras y manzanas, un régimen corporativo y un orden liberal democrático.¹² El peronismo fue el brazo secular de la «nación católica».

El golpe de 1955 traumatizó al futuro papa. Le «repugnaba», dijo ya adulto, la blasfemia mezcla de fe y violencia de los golpistas. ¿Pero entonces? Tenía 19 años y era un conflicto en la familia, la familia nacional católica. Abrió una tremenda brecha: Iglesia y peronismo se disputaban al mismo pueblo. El pueblo peronista y católico. ¿Y si de la brecha hubiera re-emergido la Argentina laica? La Iglesia había derrotado a Perón, pero era una victoria de Pirro. Urgía conciliación. Una tarea para Bergoglio.

El peronismo era el heredero de la fractura entre la capital cosmopolita y las provincias religiosas, la élite liberal y el pueblo católico. Bergoglio lo describía del mismo modo que la mitología peronista desposaba la exaltación difusa de los militantes. Incluyó a las masas, recordó, ayudó a los pobres, comprendió al pueblo. Su fin fue el final de la Argentina feliz. A quien le preguntaba sobre el peronismo, le aconsejaba autores

11. E. Piqué, *Francesco. Vita e rivoluzione*, Lindau, Torino, 2013.

12. A. Ivereigh, *Tempo di misericordia*, cit.

peronistas. El preferido era Norberto Galasso, un militante «evitista».¹³ Concentración de los poderes, monopolio de la información, abuso de los recursos públicos, sindicalismo de estado, adoctrinamiento escolar, represión del disenso, fanatismo, clientelismo, nepotismo: de todo ello, el peronismo de Bergoglio está exento.

¿Por qué pensaba que expresaba la «cultura» hispanoamericana? Lo explicó el padre Benítez, del cual Bergoglio fue alguna vez considerado heredero.¹⁴ El peronismo era «una dictadura popular». La democracia «burguesa» era una cáscara vacía que él llenaba de otras formas. Las formas típicas de la cristiandad adaptadas a la sociedad de masas. Como ella, el régimen peronista expresaba una concepción orgánica del mundo. La sociedad era un cuerpo donde el individuo estaba subordinado al pueblo, el conflicto a la armonía, el pluralismo al monismo. La parte al todo, dirá Bergoglio.

No eran veleidades filosóficas: el régimen de Perón canceló la división de poderes, era una «ideología extranjera», su pueblo era el pueblo electo; la oposición, antipueblo antinacional. La dialéctica política devino guerra de religión. Guiado por un militar, fue jerárquico: creer y obedecer. Fue sobre todo corporativo: cada uno era «alguna cosa de alguna cosa», todos juntos una «comunidad organizada». Tenía su catequismo, las veinte verdades peronistas, y sus liturgias, las manifestaciones en la plaza. ¡Guay en creerlo un partido entre partidos! Era la religión de la patria, fusión de argentinidad y catolicidad. Y mientras él prometía bienestar, Eva celebraba la santa pobreza: puro y cristiano, el pobre era el verdadero argentino. La alternancia en el poder no estaba contemplada, la reelección de por vida del caudillo, programada. Allí se hundían las raíces del Bergoglio político. Raíces compartidas con la nutrida familia

13. A. Barrios, *Mi amigo el padre Jorge*, Romana, Madrid, 2016.

14. A. Tarruella, *Guardia de hierro*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

de regímenes orgánicos surgidos en el mundo latino y católico contra el desafío liberal y secular.

Anticapitalismos

«No soy anticapitalista», dice Francisco, soy anti-neoliberal. Pero el odio de Bergoglio contra la economía de mercado era vehemente bien antes del «neoliberalismo». En la cultura nacional católica, el capitalismo era una importación desde el mundo protestante. Egoísmo, individualismo, materialismo: todo venía de allí. El anticapitalismo era gemelo del antiliberalismo. La economía peronista fue su emblema. No canceló mercado y propiedad privada: las sujetó al Estado cristiano. Perón era alumno de monseñor De Carlo, un obispo que le enseñó la doctrina social católica, recordó Bergoglio. En realidad ya había sido la bandera del golpe militar de 1943.

¿Resultado? Una economía dirigista y proteccionista de la cual Bergoglio admiraba al arquitecto, un genio para los suyos, un gángster para los otros.¹⁵ Un mercantilismo sin mercado que premiaba a los amigos y castigaba a los enemigos. ¿Ayudaba a los pobres? Sí, extorsionando «donaciones» de los privados. Subvencionaba la ineficiencia y socializaba las pérdidas, inflaba el gasto público y acumulaba los votos. Al mérito, prefería la recomendación; a la competencia, la devoción; a la creatividad, el conformismo. Predicaba la evangélica distribución, desdeñaba la prosaica producción.

La edad de oro peronista sacrificó a la gallina futura por el huevo hodierno. Dilapidó aquello que la edad liberal había acumulado. Caído el peronismo, la Iglesia perpetuó su cultura: «No puede haber ningún capitalismo cristiano», decía el cardenal

15. R. Veisaga, *El ideario político y religioso del papa Francisco*, El Catoblepas, n. 189, 2019.

Caggiano.¹⁶ A los sacerdotes disidentes, los jesuitas les imputaban el «espíritu capitalista». Ellos vencieron. Y en torno a ellos reunieron sea a los futuros revolucionarios socialistas, sea a los más rígidos tradicionalistas. Fundador de *Tacuara*, movimiento «cristiano, nacionalista y socialista», Alberto Ezcurra Medrano teorizaba el Estado comunitario. ¿Lo copiaste de Castro? Le preguntaron. De Primo de Rivera, respondió.¹⁷ Bergoglio daba sus primeros pasos en la Compañía de Jesús. Socialistas y nacionalistas estaban de acuerdo: la Iglesia debía desprenderse de la burguesía. ¡El pueblo era el custodio de la catolicidad! Eran los primeros años 60, desde allí hasta el peronismo era todo en bajada. Era la generación de Gera y de los teólogos del pueblo, aquella que forjó al Bergoglio político. Se había formado en Europa, pero ya no en la corte del hispanismo sino en la escuela de la teología alemana, no menos antiliberal que aquel.¹⁸ Los unía «la reacción contra el iluminismo», el caballo de batalla de Bergoglio. «Éramos de tendencia nacionalista», estábamos con los peronistas. Actualizaban al mito nacional católico para mantenerlo en vida.

Martín Fierro

A los 15 años Bergoglio «sabía de memoria casi todo el Martín Fierro» recordó un amigo: el poema nacional popular por antonomasia, la oda al gaucho amenazado por la modernidad compuesto en el siglo XIX por José Hernández.¹⁹ Una precoz marca de identidad política: era como decir «estoy con la “bar-

16. C. Touris, *La constelación tercermundista*, Biblos, Buenos Aires, 2021.

17. D. Gutman, *Tacuara*, Vergara, Buenos Aires, 2003.

18. L. Madonni – M. González, Las segundas jornadas académicas de San Miguel, Cuadernos del CEL, vol. III, n.º 5, 2018.

19. A. Puente, *Yo, argentino. Las raíces argentinas del papa Francisco*, Distal, Buenos Aires, 2015.

barie” rural contra la “civilización” europea y burguesa», con la Argentina nacional contra la Argentina liberal, con el pueblo contra la élite. El Martín Fierro era un arma del «revisiónismo histórico». Nadie la usaba mejor que otro jesuita, Leonardo Castellani.

Como arzobispo, Bergoglio lo premió: entre los jesuitas era un mito. Admirador de Francisco Franco y enemigo jurado de la democracia, era un combatiente declarado de la cristiandad. Golpeaba con su temible pluma contra la «nueva teología» de los «nuevos teólogos». Pero el Martín Fierro unía a su generación crepuscular con aquella de Bergoglio, que amanecía.

Poema nacional, escribía, era forzosamente poema cristiano. Trasudaba España. Sabía a campo.²⁰ El campo donde Bergoglio recogió la fuente de la «religión popular». El héroe, el gaucho, un tosco asesino en los ojos de la «oligarquía masónica», salpicaba «profunda religiosidad». Una religiosidad «no instruida y poco practicante» pero «genuina». Todo en aquel poema componía un orden cristiano, el «buen pueblo fiel». Tal religiosidad lanzaba a Martín Fierro contra la «injusticia social»: «Pobrísimos criollos», más que todos «cercano al cielo», sufriendo se regeneraba, rebelándose se purificaba. Era el típico héroe populista, la revancha del pueblo siempre «puro» contra la élite siempre «corrupta», la nostalgia de la inocencia perdida.²¹ La «nostalgia como dimensión antropológica» de la cual Francisco lamentó, nostálgico, la pérdida.

En Castellani ya palpitaba Bergoglio. También en Benítez. El Martín Fierro es «el breviario del pueblo», tronaba el jesuita de Evita, «el arma de lucha contra el antipueblo».²² Todo aquello que celebraba la Argentina liberal, la edificación de un

20. L. Castellani, *Obras*, Dictio, Buenos Aires, 1976.

21. I. Berlin, *An Anthology of Essays*, Farrar, Strauss and Giroux, New York, 2000.

22. N. Galasso, *Yo fui el confesor de Eva Perón*, Homo Sapiens, Buenos Aires, 1999.

país próspero y tolerante emancipado de la herencia hispánica, para ellos era una traición. ¿Cómo perdonarle la introducción de las «ideologías extranjeras»? Caído Juan Manuel de Rosas, se había apagado el sol: el dictador de Buenos Aires entre 1829 y 1852 no había sido el cruel caudillo odiado por los liberales, decían, ¡sino el baluarte de la religión! Perón era su heredero.

Bergoglio no se alejó de tal narración. Entre Rosas y Perón, la España imperial y la Argentina católica había un cordón umbilical.²³ Gera extrajo de los escritos de Rosas uno de sus mantras: «La realidad es superior a la idea». Bergoglio lo copió. Aquellas eran sus lecturas, sus autores. Cuando, tiempo después, el presidente Menem repatrió los restos de Rosas, Bergoglio estuvo feliz.

Resistencia

Entre la caída de Perón y el ingreso en los jesuitas, entre 1955 y 1958, Bergoglio fue un militante de la juventud de la Acción Católica. Alabó al «juvenil escuadrón» lanzado en la «moderna cruzada» para «forjar la patria viril» y obtener «el triunfo de Cristo Rey», a costas de «morir en la batalla». Y marchó por la «libertad de enseñanza» contra la escuela laica. Con el peronismo no había sido necesario, las escuelas públicas se habían ocupado de «evangelizar a las masas». ¿Pero ahora? ¿Quién tutelaba al pueblo de la reacción «laicista»? Los militares. Gracias a ellos nacieron las universidades católicas, en su mayoría guiadas por jesuitas. En 1958, Bergoglio dice haber votado por primera y última vez. Los peronistas estaban proscriptos, por lo cual eligió a Arturo Frondizi, el candidato del partido radical que había estipulado un pacto con el peronismo. En definitiva,

23. D. Bresci (comp.), *Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo*, CSE, Buenos Aires, 1994.

votó al peronismo por procuración. Y ganó: Frondizi fue electo presidente.

La juventud católica estaba inquieta. Indignada por el materialismo y obsesionada por la masonería, estaba en marcha del nacionalismo social al socialismo nacional. Mucho marxismo, se lamentó el asistente eclesiástico, y poca vida espiritual. Purgando a los vértices, el cardenal primado arrojó gasolina al fuego. La revolución cubana hizo el resto. Los militantes querían el retorno a las raíces católicas, las raíces estaban en el pueblo, el pueblo era peronista. La llegada al peronismo estaba descontada. Pero bizarro: hijos de clase media antiperonista, «mataron» a los padres casándose con el enemigo. Expiaron la culpa de ser burgueses sacralizando al pobre. Bergoglio fue uno de tantos: participaba en las manifestaciones de la Resistencia Peronista, una explosiva mezcla de militancia política y religiosa.²⁴

Hernán Benítez de nuevo abrió el camino. Y con él, el evitismo, nacido de las «viejas virtudes españolas» y crecido alabando a Fidel Castro y la guerrilla. Muchos militantes pasaron de Santo Tomás al Che Guevara.²⁵ Lo llamaban *cruce*, como aves migratorias atravesaron de una punta a la otra el campo nacional popular. Bergoglio partió del mismo punto y lo acompañó una parte del camino.

La Resistencia no era un club pacifista. Contra la exclusión del peronismo, urdió huelgas y atentados, animó choques y sabotajes. Benítez usó como guarida a la parroquia. Su correspondencia con Perón era política dura y pura. Despotricaba contra «el consorcio hebraico, masónico y liberal», contra «la prensa y la banca plutocrática».²⁶ La Shoah no había aplacado el odio antisemita, típico del nacionalismo católico. Y de la Compañía de Jesús: cuando entré, recordó el jesuita húngaro

24. I. Zuleta, *El papa peronista*, Ariel, Buenos Aires, 2019.

25. D. Gutman, *Tacuara*, cit.

26. M. Cichero, *Cartas peligrosas*, Planeta, Buenos Aires, 1992.

llegado a la Argentina, ¡se cercioraron de que no tuviera sangre hebrea desde hacía tres generaciones! Hijo de otros tiempos, Bergoglio se liberó de tal herencia. Pero sus saetas contra medios y finanzas partían desde lejos.

Bergoglio tenía un motivo más para estar con la Resistencia. En 1956 un grupo de militares peronistas se había sublevado reclamando el retorno de Perón al poder y el gobierno surgido de su caída los hizo fusilar. Entre ellos estaba un familiar suyo, padre de cuatro hijos. Medio siglo después recordaba todavía el dolor en la familia. «Perdonar no es fácil», decía: uno puede decir «yo perdono pero no me olvido». Así decían de él los amigos: Bergoglio perdona pero no olvida. En torno a la Resistencia orbitaron varios sacerdotes importantes en su futuro. Sea del viejo clero nacional, sea del nuevo clero popular, todos convencidos de luchar contra el invasor extranjero, contra los enemigos de Dios y de la Patria. Benítez fue claro con Perón: le bastaba con poco para reconquistar a la Iglesia, que ya se había arrepentido de haber devuelto el país al «liberalismo». En el embudo peronista había lugar para todos. Para los comunistas como para los hispanistas a la Castellani, tan influyente en las parroquias como en los cuarteles. La mesa del mundo en la cual Bergoglio estaba creciendo estaba puesta.

Se sentaba en ella incluso Julio Meinvielle, el cura más nacionalista y antimoderno de aquella Iglesia tan antimoderna y nacionalista. En los años 30 se había vuelto célebre por el violento choque contra Jacques Maritain, culpable de no bendecir a los ejércitos de Franco. Veinte años después, su estrella brillaba todavía. Bergoglio era un novicio cuando Meinvielle, partiendo rumbo a Alemania, le pidió a Gera el contacto con Romano Guardini y Hans Urs von Balthasar. Deseaba publicarlos en su revista. Fueron autores clave en la formación de Bergoglio. Amigo de Edmund Husserl, Meinvielle estaba encontrando en la fenomenología alemana las coordenadas filosóficas donde ubicar al antiliberalismo huérfano de los corporativismos hispanistas. El mundo de Bergoglio coronó al más

brillante discípulo, Martin Heidegger, estrella de las revistas jesuitas argentinas. No por casualidad, dada su fama de enemigo de lógica y ciencia, técnica y razón.²⁷ Fama que Bergoglio se ganó a su vez. Nadie se preguntó cómo fue que en el cruce entre historia y filosofía el genio alemán hubiera caído embriagado a los pies del nacionalsocialismo. Si el universo ideal orgánico no fuera empático con los regímenes orgánicos.

Nada que ver con las democracias cristianas europeas. Tanto prosperaban aquellas en el clima democrático cuanto los nacionales católicos argentinos cultivaban la nostalgia de cristiandad. Para darle nueva vida buscaban sucedáneos del orden cristiano medieval. No habían derrotado al fascismo.

Seminario

En 1958 Bergoglio inició el noviciado en Córdoba, la docta, la católica. El poder de los jesuitas era palpable. Ya tenía los típicos tics nacional católicos. ¿Por qué, se irritó, se obstinaban en llamar «inglés» al barrio rebautizado por Perón? «¡Protestantes malos!», enseñó a decir a los niños del catequismo.²⁸ La vida de los novicios era dura: silencio y penitencia. Los más fuertes recababan un sentido de superioridad.

Los aspirantes jesuitas no manejaban dinero. Salvo por una breve experiencia, Bergoglio no afrontó jamás los prosaicos problemas de un común trabajador: ganancias, gastos, ahorros. El desprecio por el dinero no fue atemperado por la necesidad de medir su valor. La pobreza, aquella verdadera, la vio en Chile: cayó de las nubes. ¿Cómo era posible, en un «país católico»? Un porteño como él, a la pobreza la conocía apenas, al hambre para nada, en el país de la comida. Y sin embargo

27. K. Löwith, *Saggi su Heidegger*, Einaudi, Torino, 1966.

28. J. Cámara, S. Pfaffen, *Gli anni oscuri di Bergoglio*, Ancora, Milano, 2015.

los pobres habían sido el corazón de la prédica de Eva Perón: ¡cuántas veces, recordó Benítez, le repetí que el pobre es «el cuerpo de Cristo»! ¡Cuántas veces lo repetirá Bergoglio! El pauperismo no era una cuestión social, era una ideología.

Para cultivarlo llegó de Italia el padre Arturo Paoli, disgustado por la «ceguera secular» de su país en pleno desarrollo. En los pobres buscaba la «utopía revolucionaria del Evangelio».²⁹ La pobreza la encontró en el norte argentino, fruto de la ausencia más que de la invasión del odiado «capitalismo». Como él, Bergoglio la condenaba pero la exaltaba. Nacieron disputas a ver quién era más pobre y por lo tanto más cercano a Cristo, recordó Gera. Más que erradicar la pobreza, aquella ideología nutría la realidad de la cual se alimentaba. En el Seminario encontró muchos «buscadores de absoluto».³⁰ Más de uno llegó a la guerrilla peronista.

Tras dejar Córdoba, Bergoglio entró al Colegio Máximo de San Miguel, en las afueras de Buenos Aires. ¡Si había un epicentro del terremoto que estaba por sacudir a la iglesia, era aquel! Los jesuitas eran el epicentro del epicentro. Juan XXIII había convocado al Concilio, el episcopado no se sentía entusiasmado pero el clero joven, embebido de nueva teología europea, estaba en fibrilación. Bergoglio entró al juego.

En tanto, en el país echaba raíces la violencia política. Perón la invocó primero, el guevarismo la transformó en una fe invocando la guerra de guerrillas y la exportación armada del modelo cubano al entero continente. Abierta la vía armada, poco a poco se cerró la vía política. Los católicos fueron los más dispuestos a recorrerla, los teólogos los más dispuestos a legitimarla: la salvación reclamaba expiación; la justicia, catarsis. Benítez la abrazó entusiasta cuando vio a los *barbudos* entrar a La Habana. Fue entonces que en su círculo hizo rumoroso

29. L. Zanatta, *La nazione cattolica*, Laterza, Roma-Bari, 2014.

30. J. L. de Imaz, *Promediados los cuarenta*, Sudamericana, Buenos Aires, 1977.

ingreso Carlos Mugica, otra pieza en el mundo de Bergoglio. Rumoroso porque no era frecuente que un retoño de la aristocracia antiperonista, más parecido a James Dean que a un místico medieval, ¡se advocara a los pobres y al peronismo!³¹

Santa Fe

Los años culminantes del Concilio, Bergoglio los transcurrió en Santa Fe, enseñando literatura en el Colegio de la Inmaculada Concepción, una escuela de élite. Tenía veintisiete años pero «conocimiento inmenso» según los biógrafos. Medio siglo después, los exalumnos lo recordaban exigente pero simpático, angélico en el aspecto pero duro en los hechos, un cura fuera del coro: hacía leer a Federico García Lorca.

El plato fuerte fue Jorge Luis Borges. El joven jesuita hospedó al famoso poeta antiperonista, agnóstico, anglófilo. ¡Qué apertura mental!³² ¿Invitó al oligarca mal visto por los peronistas? ¿La celebridad? ¿El poeta que en su juventud había escrito en una revista nacional católica? La única certeza es que le pidió que hablara de «poesía gaucha», tema en el que Borges brillaba y Bergoglio invertía.

El gaucha era el héroe de la historia nacional predilecta por el revanchismo católico. Y por el gaucha, Borges nutría enorme admiración. No, sin embargo, por los motivos por los cuales lo admiraba Bergoglio. Martín Fierro, decía, era «un desertor, un asesino», no «un verdadero gaucha». No ciertamente un héroe cristiano sobre el cual fundar la epopeya nacional. ¿Quién sabe si Bergoglio se lo esperaba? El destino argentino, decía Borges, «habría sido otro y mejor» si como libro nacional hubiéramos elegido al Facundo de Faustino D. Sarmiento, el numen de la

31. C. Reato, *Padre Mugica*, Planeta, Buenos Aires, 2024.

32. J. Millia, *Bergoglio & Borges*, Terre d'America, 6 dicembre 2013.

patria laica y liberal.³³ ¡Por ello Benítez lo detestaba! Pero a la invectiva, Bergoglio prefería el abrazo. Si la Argentina era católica, su escritor más famoso debía serlo a su vez, que lo admitiera o no. Había que cooptarlo, no combatirlo. De él recordó siempre que había muerto en presencia de un cura. El mito nacional católico era totalizador. El drama, escribió con desprecio en el boletín escolástico, era la aceptación «a medias de la verdad», eran los «grandes habladores al servicio del error». Los alumnos debían dar batalla.

Guardia de Hierro

Bergoglio entró en la Compañía de Jesús mientras Alejandro Álvarez entraba en política. Sus caminos se cruzarán. De origen gallego, Álvarez presumía de un pedigrí de cristiano antiguo. Odiaba la «vida burguesa» al punto de expresarle su desprecio lavándose poco y hablando en modo grosero.³⁴ Como Castro y Guevara. Crecido en la Resistencia peronista, en 1961 fundó Guardia de Hierro, «estructura juvenil del peronismo duro». El nombre evocaba al fascismo rumano. Una casualidad, minimizan los bergoglianos. ¡Extraña casualidad, pescada tan lejos! El movimiento de Codreanu era bien conocido a los nacionalistas católicos argentinos. Era uno de muchos ejemplos de reacción de Dios y Patria frente a la amenaza secular.³⁵

En la juventud estudiantil católica y en los círculos nacionalistas estaban creciendo los futuros jefes de la guerrilla peronista. La política era religión y la religión, política, en la Argentina nacional católica. Por las reuniones de *Tacuara*, entre un viva

33. M. E. Vázquez, *Borges. Conversaciones*, Tajamar, Santiago de Chile, 2009.

34. A. Álvarez, *Así se hizo Guardia de Hierro. La historia objetiva de una pasión*, Ulaf, Buenos Aires, 2013.

35. A. Tarruella, *Guardia de hierro*, cit.

a la revolución fascista y un aleluya a aquella castrista, a veces pasaba Mugica. En el Colegio Nacional, la escuela de la clase ilustrada, era el ídolo de los futuros apóstoles armados.

También se sentía en casa en el Salvador, la universidad jesuita donde, de regreso de Santa Fe, enseñó Bergoglio.

El bautismo de fuego de Guardia de Hierro fue al flanco de un sindicalista peronista, candidato a la gobernación de la Provincia de Buenos Aires en 1962. «No hay vía de salida en el sistema capitalista», decía. Ganó, pero las fuerzas armadas anularon el voto y voltearon al presidente Frondizi. A siete años de la caída de Perón, la ecuación política permanecía insoluble. Si el voto era libre ganaban los peronistas y se apoderaban de todo: adiós, democracia. Si los peronistas eran excluidos, los gobiernos no eran legítimos: adiós, democracia. Árbitros del poder, custodios de la «nación católica», eran los militares.

La democracia no le importaba a Bergoglio y a su generación. No hablaban de ello pero si hablaban, no era de aquella liberal. La odiaban: era «colonial». Todos invocaban un «nuevo orden cristiano», como los padres veinte años antes, ¿pero qué orden? Unidos contra «los liberales», los nacional populares no se entendían sobre qué oponer a ellos. Bergoglio frecuentaba los varios fragmentos, peroraba la unión del «pueblo» católico y nacional contra el «antipueblo» secular y liberal. El pueblo era el peronismo, la «realidad que englobaba a todos» incluso «si no lo sabían».

Poder

Desde 1965, Bergoglio penduló entre el Colegio Máximo y la Universidad del Salvador. El Concilio había abierto la caja de Pandora, la Iglesia estaba por implosionar. El país también: desde la caída de Perón reinaba la inestabilidad, a cada gobierno civil lo sucedía un golpe militar. Le había sucedido a Frondizi en 1962, ahora le tocó al presidente Arturo Illia, también él del

partido radical: en junio de 1966 los militares lo depusieron. Comenzó la «revolución argentina», prometió orden. Bergoglio no estaba en primera fila: demasiado joven. Fue «entre los primeros en adherir a la renovación», sostienen los simpatizantes. En tal caso desde la retaguardia, porque no figura en los grupos que lo promovieron.

En cambio demostró no temer las responsabilidades de gobierno. Actuar y decidir le atraía más que rezar y contemplar. Estaba volviéndose un hombre de poder en un contexto donde el poder jesuita era capilar y el mito de la «nación católica» tenía límites fluidos entre peronismo y fuerzas armadas.

En los Seminarios, el suyo en primer lugar, hervía la actividad política. Aquel de La Plata, donde sobresalían Jerónimo Podestá y Antonio Quarracino, era el más peronista. Podestá era íntimo de Perón al punto que medió entre él y el general Onganía, el presidente del gobierno militar. Bergoglio le fue cercano hasta la muerte. Quarracino se volvió su mentor: sin él, nada de papa Francisco.

El Seminario de Villa Devoto era un volcán. Del tronco nacional católico emergieron dos tendencias destinadas a colisionar. Entre aquella populista de Gera y aquella socialista, Bergoglio estaba con la primera. Eran todos fervientes nacionalistas pero se desafiaban a golpes de teología alemana y francesa, eran todos latinoamericanistas pero hablaban como los neomarxistas europeos.³⁶

Los jesuitas conducían las danzas, especialmente en los ambientes universitarios donde el padre Tello asistía a la Juventud Universitaria Católica. Cultor de la pobreza como antídoto contra la modernidad, Bergoglio siempre lo señaló como un maestro. Todos juntos poblaban el vasto y agitado mundo donde estaba por saltar la chispa que provocó la deflagración.

36. S. Premat, *Prete dalla fine del mondo*, EMI, Bologna, 2014.